

*Los albañiles:*

# Testigos y culpables

José Ramón Enríquez

Cuando Bruce Swansey tituló “Un autor llega al teatro” su prólogo a la primera edición que se hiciera de las *Obras completas* de Vicente Leñero (la de la UNAM en 1982), definió con claridad la relación del autor y la escena mexicana a fines de los sesenta. El recuerdo del juego pirandelliano con personajes que interrumpen algo que ya necesitaba ser interrumpido fue precisamente el que se dio con Leñero y la escena nacional que, como en la obra capital de Pirandello, ya nunca volvería a ser la misma, porque el teatro mexicano, como bien marcaba Swansey en un inciso de su mismo prólogo, se encontraba “en busca de autor”.

Desde luego, estaba bajo la monarquía cómica de Carballido y otros grandes pero era necesario un paso más adelante. Ése que dejara atrás la linealidad aristotélica e injertara con toda naturalidad desde el monólogo interior de Joyce hasta los juegos con el tiempo, las personas y los modos del verbo que llevaban ya un buen rato de campear en la novela.

Eso justamente significó Leñero con su hiperrealismo que, sin dejar nunca de ser realismo, injertó en el teatro las precisiones, los acercamientos y la objetividad tan experimentados, por ejemplo, en la *nouveau roman*.

Con Leñero, como en la obra capital de Pirandello, los personajes llegaron a hacer verdad en la escena. Para utilizar la metáfora de Carballido en su obra culminante, *Fotografía en la playa*, de la correcta y posada toma costumbrista se transitó a la instantánea, tan arriesgada como lo es una vida que ofrece precisamente la verdad, la realidad auténtica.

Fue un paso fundamental, decisivo y sin retorno aunque, cuarenta años después, todavía no acabe de dirigirse por completo en nuestra escena.

Yo me recuerdo bien en aquellos sesenta. Y tengo clarísimo 1963, el año en que un joven novelista mexicano ganó un premio tan importante como el Seix Barral que antes había recibido nada menos que Mario Vargas Llosa por *La ciudad y los perros*. Ya lo tenían grandes novelistas como Luis Goytisolo y Juan García Hortelano. Y (tan sólo como un dato para refrescar la memoria y subrayar la importancia del triunfo de un Vicente Leñero de apenas treinta años) vale recordar que tras él obtuvieron el Seix Barral Guillermo Cabrera Infante, Juan Marsé y Carlos Fuentes.

En la Librería del Prado mi padre obtenía las novedades literarias y ese año llegó a casa con un mexicano reconocido en España por *Los albañiles*.

Cinco o seis años después, ese narrador irrumpió en la escena como los personajes pirandellianos para permitirme encarnar precisamente uno de los personajes de *Los albañiles*. Sergio, el plomero al que apodaban “el Cura” porque había salido de un seminario, como yo de los jesuitas. Aunque había estudiado yo en la Escuela de Artes Escénicas del INBA, era amigo fraternal de Gabriel Retes y ya había trabajado con el maestro en *Galileo Galilei*, tal vez el viejo Retes me dio el papel por esa coincidencia de algún modo eclesial.

Como haya sido, mi encuentro con el Sergio de *Los albañiles* resultó inolvidable y mi participación en ese momento refundacional de nuestro teatro me permitió ver las cosas desde dentro y, tal vez, comprenderlas con toda claridad.

No voy a repetir aquí una historia que el propio Leñero narrara puntualmente en *Vivir del teatro*, pero sí plantear, desde mi propia óptica, lo que aquello fue. Mejor dicho, desde mi propia piel, porque la reacción

del público resultó inusitada, y los actores no ven al público, lo sienten en cada poro de sus propias pieles.

No sólo fue una revolución por el lenguaje, aunque sí lo fue de modo protagónico, porque permitió que la audiencia escuchara lo que decía en realidad, sin los “zambombas” o los “recórcholis” con los que se recubrí- an nuestras interjecciones cotidianas.

Por ejemplo, fue una auténtica revolución teórica que me llevó a largas discusiones con compañeros y simples asistentes a *Los albañiles*, el hecho de que el autor no se decidiera por un determinado culpable, como ocurría en cualquier obra de teatro común y corriente. El asesino de don Jesús podía ser cualquiera. Podían ser todos o ninguno. La sociedad entera o inclusive el respetable público asistente, porque aún quedaba el simbolismo crítico: tal como señala san Pablo, todos somos culpables de la crucifixión y muerte de Jesús, el Redentor, incluido el público asistente.

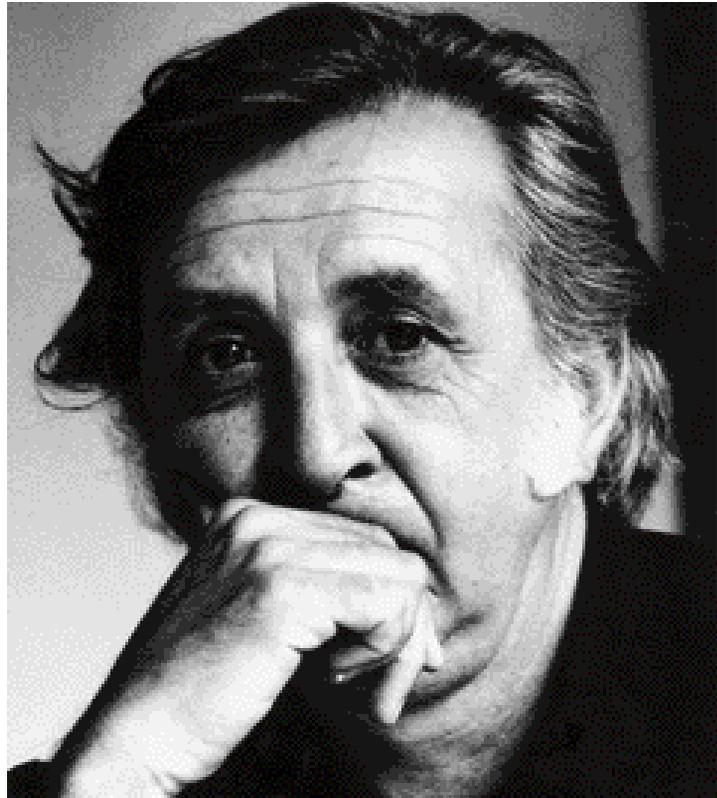
¿Pe ro un Redentor borracho, paidófilo y violador, como el don Jesús de *Los albañiles*? Pues, sí, si así se le quería ver en la obra. O una sociedad podrida, si la lectura se hacía desde el marxismo. O el que cada espectador decidiera si se metía a detective de Agatha Christie.

Como fuera, el autor se mantenía respetuosamente al margen y eso, además del lenguaje, señalaba una distancia con todo el teatro anterior que se quería apto para la familia mexicana, ya fuera con todo y niños, ya sólo adultos. *Los albañiles*, como antes *Pueblo rechaza - do*, era teatro documental, brechtiano aunque sin compromiso partidario, que recordaba a Peter Weiss pero con unas resonancias teológicas que molestaron a las izquierdas y a las derechas, a persignados o jacobinos. Característica esta con la cual ha cargado siempre el teatro de Leñero precisamente por el valor indiscutible de su objetividad.

Todo lo anterior, presente ya en la novela premiada por Seix Barral, se acrecentaba en el teatro. Tomaba muchísima más fuerza, simple y sencillamente porque en el teatro encarnaba y desde la carne y sangre lanzaba su verdad. Era verdad que un autor había llegado al teatro, como dijo Bruce Swansey, y a un “teatro en busca de autor” como siguió señalando en su espléndido análisis de Leñero.

Aunque la primera temporada, en el Teatro Antonio Caso, bajó de público, yo no recuerdo que hayamos estado nunca vacíos, excepto el día en que el hombre pisó la luna. Ése, y permítaseme la confidencia, fue el único momento en que odié la obra, porque tuve que estar armando mi lavabo para cinco espectadores despistados mientras la humanidad daba aquel “pequeño salto”.

Pero la obra terminó su temporada y ni Octavio Galindo ni yo nos negamos a pasar al Xola, como se ha señalado. No. Nunca hubiera dejado yo a mi Sergio u Octavio a su Isidro. Ocurrió, simplemente, que nos fui-



© Jorge Proceso

mos a Hermosillo a pasar Navidad y en ese momento Vicente, el maestro Retes y López Tarso tomaron la decisión de seguir en otro teatro la temporada. Nosotros éramos muy jóvenes y tan pobres como suelen ser los actores muy jóvenes, de modo que volvimos lo antes que pudimos pero no en avión, como hoy se hubiera hecho, sino en tren, y ya tanto Pepe Alonso como César Castro habían sido convocados.

Más adelante el maestro Retes me llamó para hacer el Nene (el hijo del ingeniero) y por fin en el Teatro Tepeyac, años después, pude volver a encontrarme con el Plomero. El proletario y triste, que estudia inglés, del que se burlan todos, al que le viola don Jesús a su hermanita. Hoy todavía lo recuerdo. Actué en otra obra de Leñero, inolvidable también, pero ese grito lanzado desde fuera de la escena, “¡Celerinaaa!”, aún me acompaña en los sueños, junto con otros textos de aquel Sergio.

Un autor llegó a cambiar el teatro mexicano y un personaje llegó a ocuparme, como quería Pirandello que ocurriera a los actores. Hoy Vicente Leñero cumple setenta y cinco años y, aunque mucho ha cambiado el teatro mexicano, *Los albañiles* siguen vivos, testigos y culpables todos de un crimen (para mí, de una auténtica crucifixión) y como un punto culminante del teatro nacional. ¿De qué mejor manera acompañar a Vicente en su aniversario que reconociendo y recordando una de sus obras fundamentales? **U**